



Capítulo 105

Celaime Mikardo, el maestro de la Torre Azul y un mago de octavo nivel capaz de manejar el Origen, no podía comprender la situación actual.

"¿Lo abrió? ¿Cómo diablos?"

Parpadeó los ojos, pero la escena que tenía ante sí permaneció inalterada.

El marqués Palatio había abierto una puerta —una que a Celaime le había llevado dos años completos de agotador esfuerzo desbloquear— en menos de 30 segundos. Y ahora, el Marqués estaba caminando a través de él.

Todavía atónito, Celaime recuperó el sentido común y trató de llamar al marqués. Sin embargo, cuando se reunió, el hombre ya había cruzado la primera barrera y había desaparecido hacia el interior.

Celaime se apresuró a llegar a la primera barrera ahora abierta, inspeccionándola con incredulidad.

Para el ojo inexperto, parecía simplemente otra pared, pero Celaime, un mago de su nivel, entendió lo que tenía ante sí. Conocía la increíble complejidad necesaria para abrir este pasaje aparentemente ordinario.

Sólo un mago de octavo nivel, como él, podría esperar dedicar el tiempo y la energía necesarios para abrir una puerta así. Pero había algo aún más sorprendente:

"...La forma en que se abrió... es exactamente la misma que yo lo hice."



El método que había utilizado el marqués Palatio para desbloquear la barrera era idéntico al que Celaime había descubierto minuciosamente a lo largo de un año.

"¿Qué... está pasando?"

Confusión y preguntas se arremolinaban en la mente de Celaime Mikardo. Se giró para mirar más adentro del pasaje por el que había entrado el marqués Palatio.

Aunque Celaime siempre había albergado cierta curiosidad sobre el marqués, el alcance de su interés era limitado. Después de todo, el hombre era alguien a quien admiraba su arrogante discípula, Penia—, un hombre que todavía utilizaba técnicas mágicas primitivas y obsoletas.

Pero conocer personalmente al marqués había atenuado la curiosidad de Celaime.

Claro, los rumores y las acciones de Penia insinuaban que el Marqués podría ser alguien extraordinario, pero la primera impresión que Celaime tuvo de él no se alineó con expectativas tan elevadas.

'Su maná es bajo, sus logros mágicos apenas alcanzan el cuarto nivel y ni siquiera ha despertado su ojo interior. Incluso dándole crédito por usar magia primitiva, todavía está por debajo del promedio.'

Los numerosos defectos que Celaime notó le hicieron considerar al Marqués como un mago inferior, un joven carente de potencial.



Incluso se preguntó, aunque brevemente, qué diablos había visto Penia en este hombre para inspirar tanto miedo y admiración.

Pero estos pensamientos eran fugaces. Celaime pronto se encontró siguiendo al marqués, siguiéndolo hasta la segunda barrera.

Y allí, frente a la segunda barrera —la que ni siquiera Celaime había roto aún— se encontraba el marqués, aparentemente perdido en sus pensamientos.

Al observarlo, Celaime dudó en hablar. En lugar de eso, decidió observar, curioso por lo que pudiera hacer el marqués.

La segunda barrera era algo que Celaime nunca había logrado abrir.

En verdad, dudaba de que fuera posible desbloquearlo.

Al igual que la primera barrera, la segunda no parecía nada destacable a primera vista. Pero para los ojos despiertos de Celaime, se reveló como un laberinto de miles de círculos mágicos intrincadamente estratificados.

Miles y miles de construcciones mágicas complejas y entrelazadas —tan complicadas que incluso Celaime aún no había comprendido completamente su totalidad.

A pesar de esta complejidad, el agudo intelecto de Celaime ya había deducido el método teórico para desbloquearlo:

"Encuentra el círculo mágico clave entre los miles."

Sin embargo, aún no había logrado identificar esa clave.



Si la barrera fuera literalmente una puerta, estaría plagada de decenas de miles de cerraduras.

Probar cada círculo mágico individualmente era prácticamente imposible, ya que requería desentrañar e interpretar miles de construcciones intrincadamente entrelazadas —una tarea que llevaría décadas, si no más.

Celaime, recordando este hecho, sintió una punzada de desaliento.

Y, sin embargo, el marqués Palatio —o más bien, Alon— giró ligeramente la cabeza, como si sintiera el interés de Celaime.

Por supuesto, Alon no tenía ninguna razón real para prestarle atención a Celaime. Establecer una relación con el maestro de la Torre Azul podría ser útil, pero no era fundamental para sus planes.

La cautela de Alon surgió, en cambio, de la peculiar expectativa reflejada en los ojos de Celaime Mikardo.

Antes, cuando Alon había abierto la primera barrera sin pensarlo mucho, Celaime lo había mirado fijamente, con la boca abierta y la expresión completamente incrédula.

Ahora, Celaime estaba parado a sólo unos pasos de distancia, observándolo con curiosidad infantil, como esperando que realizara otro milagro.

'¿Dijo que le tomó un año abrir la primera puerta?'

Alon no pensó que Celaime Mikardo fuera tonto.



Al contrario, lo encontraba monstruoso.

Según lo que Alon sabía, doce magos de séptimo nivel que trabajaron juntos durante medio año dijeron que las dos barreras que custodiaban el santuario de este ermitaño eran irresolubles.

Que Celaime, un mago de octavo nivel, hubiera desbloqueado la primera barrera por su cuenta fue un testimonio de sus extraordinarias habilidades.

Precisamente por eso, Alon encontró la mirada expectante del hombre increíblemente onerosa.

Alon abrió las puertas del escondite del ermitaño... Simplemente porque sabía las respuestas correctas.

'La clave de la primera barrera radica en la interferencia del maná. Gira el flujo recto de maná formando un semicírculo y se abre... ¿La segunda barrera? La clave es el quinto círculo mágico desde la esquina diagonal superior derecha.'

Con tal conocimiento, Alon podría abrir fácilmente las puertas simplemente canalizando su maná. Sin embargo, la palpable expectativa que irradiaba Celaime detrás de él le hacía imposible actuar sin dudarlo.

Si Alon abriera la puerta sin esfuerzo con un simple flujo de maná, Celaime inevitablemente se daría cuenta de una amarga verdad—: que el agotador año de investigación que había invertido en la tarea había sido completamente inútil.

"Hmm..."



A Alon no le importaban las emociones de Celaime Mikardo. Pero como alguien que estudió magia, comprendió la desesperación aplastante que vendría con tal comprensión.

'...¿Debería simplemente usar algo de magia?'

Cuando Alon decidió ofrecerle a Celaime una mentira bien intencionada, Celaime, observando la vacilación de Alon, comenzó a interpretarla como una lucha.

'¿Quizás la segunda barrera sea más desafiante para él, después de todo?'

El destello de expectativa en los ojos de Celaime se desvaneció mientras intentaba moderar sus propias esperanzas.

Y luego, en ese momento—

"Hoo..."

El marqués Palacio dejó escapar un pequeño suspiro y formó un sello con sus manos.

Celaime, intrigado, observó atentamente. Aunque había oído que el Marqués utilizaba magia primitiva, era la primera vez que la veía en práctica.

Mientras observaba atentamente la técnica de Alon, notó que el marqués murmuraba algo débilmente en voz baja. Luego, se formó un pequeño orbe entre el pulgar y el índice de Alon.



Celaime lo sintió inmediatamente.

"Ce...?"

Una sensación primaria de peligro se apoderó de Celaime Mikardo. Instintivamente, frunció el ceño y comenzó a recolectar maná para lanzar un hechizo defensivo. Su reacción fue casi instantánea—una respuesta reflexiva.

Pero entonces—

"!"

Lo que vio Celaime lo detuvo en seco.

Detrás de Alon, flotando en el aire, había dos ojos enormes que no parpadeaban.

Los pensamientos de Celaime se congelaron—o mejor dicho, los detuvo por la fuerza.

En el momento en que percibió esos ojos, en el momento en que se registraron en su visión, se dio cuenta de algo innegable:

Comprender lo que tenía ante sí sólo conduciría a un resultado posible —la muerte.

Sin embargo, lo único para lo que Celaime no podía prepararse eran sus propios ojos.

Al llegar al octavo nivel, su visión se perfeccionó para discernir intuitivamente casi todo lo que percibía. A diferencia de su mente, sus ojos continuaron analizando el fenómeno por instinto.

Y entonces empezó.

El mundo alrededor de Celaime se oscureció.

Cuando finalmente su mirada se centró, lo vio:

Un abismo circular—un vacío tan profundo que parecía arrastrar su propio ser a sus profundidades.

Lo que siguió fue un destello de pupilas pálidas dentro de esa oscuridad.

Lo último que vio fue—

"Kugh..."

—Un ojo enorme.

Una presencia colosal tan abrumadora que lo redujo a una mota insignificante.

Lo estaba mirando directamente.

'Voy a morir.'



Se dio cuenta y, por un breve y vacío momento, la mente de Celaime se quedó en blanco.

Entonces—

!!!KUGUGUGUGUNG!!!

Un sonido atronador rugió en sus oídos.

"!"

Volviendo a la normalidad, Celaime miró hacia adelante.

Allí estaba.

La segunda barrera, que había resistido todos sus esfuerzos durante más de un año, ahora se estaba abriendo lentamente, con la pesada puerta rozando contra sí misma.

Más allá de la abertura estaba el marqués Palatio, mirándolo.

Su expresión estaba desprovista de emoción—totalmente indiferente.

"...Ha."

Al ver esto, Celaime Mikardo soltó una risa seca, casi involuntariamente.

'Ha estado ocultando su verdadero poder todo el tiempo. ¡Eso fue...!'



Aunque duró menos de un segundo, el mero acto de presenciarlo había dejado el maná de Celaime Mikardo desordenado y sus manos temblando incontrolablemente mientras intentaba lanzar su magia.

Y aún así, no podía dejar de reír.

Incluso con la sombra de la muerte acercándose tanto, su risa se negó a cesar.

Fue su incansable curiosidad lo que lo mantuvo en marcha.

El mismo impulso insaciable que lo había elevado a convertirse en el maestro de la Torre Azul y mago de octavo nivel.

Ahora bien, esa misma curiosidad quedó cautivada por el abrumador conocimiento mágico que claramente poseía el marqués Palatio, conocimiento que seguramente ocultaba un poder mucho mayor que el que Celaime acababa de vislumbrar.

Y entonces Celaime se rió.

Al ver esta reacción, Alon, el marqués, no pudo evitar pensar:

'...Espera, ¿realmente está disfrutando esto?'



En medio del uso de su magia, Alon había pensado: 'Seguramente, como mago de octavo nivel, Celaime Mikardo no se dejaría engañar por algo tan superficial como esta simple demostración'

Sin embargo, allí estaba—radiantemente radiante, como si estuviera encantado más allá de las palabras. Alon se quedó momentáneamente atónito ante la visión inesperada.

Después de pasar la segunda barrera, Alon finalmente entró en la cámara interior del escondite del Ermitaño.

El interior era decepcionante —poco iluminado, parecido al interior simple de una vivienda rústica de estilo fantástico ubicada dentro de una cueva.

Pero Alon no había venido por el paisaje. Sin dudarlo, se acercó a un escritorio escondido en un rincón del santuario.

Y allí encontró lo que buscaba.

"Entendido."

A diferencia de la pulsera oscura que había obtenido antes, esta vez el objeto era una pulsera pintada de blanco puro —la *Mano Blanca del Errante*. Alon lo colocó con cuidado entre sus pertenencias, permitiéndose una breve sonrisa.

Entonces—



"?"

Observó un trozo de pergamo sobre el escritorio, inscrito en una lengua antigua. Bajando la mirada, leyó el texto:

—Al mago poco entusiasta que se negó a hacer concesiones, que no olvidó las palabras olvidadas... Dejo atrás mi legado.

Alon hizo una pausa.

La frase le resultó familiar —era casi idéntica a lo que había encontrado al adquirir el <Huevo del Dragón de las Sombras>.

"Hmm..."

Después de mirar el pergamo por un rato, Alon se encogió de hombros y lo volvió a dejar en el suelo.

Al girarse, su mirada se posó en Celaime Mikardo, que todavía sonreía — brillantemente, casi incómodamente.

Un poco nervioso, Alon se dirigió a él:

"Me he llevado todo lo que necesitaba. Si hay algo que quieras, Maestro de la Torre Azul, no dudes en tomarlo."

En verdad, quedó poco valor mágico; no se veían libros ni textos sobre magia por ningún lado.



"¿Es eso así? Entonces aceptaré amablemente", respondió Celaime, caminando hacia el escritorio que Alon acababa de dejar libre.

Allí notó el pergamo que Alon había inspeccionado brevemente. Al recogerlo, Celaime se dio cuenta de que estaba escrito en un idioma antiguo que no podía leer. Sin decir palabra, lo guardó en silencio.

En circunstancias normales, podría haberle preguntado a Alon al respecto. Sin embargo, Celaime interpretó el acto del marqués de dejarlo atrás como un mensaje sutil —quizás una petición silenciosa de dejar el asunto en paz.

'Probablemente quiera que me guarde esto para mí.'

Creyendo que interrogar a Alon no daría respuestas, Celaime decidió llevar el pergamo al Maestro de la Torre Roja, conocido por su experiencia en descifrar textos antiguos.

Los pensamientos de Celaime se desviaron. A pesar del contenido del pergamo, lo que realmente quería era conversar con Alon sobre magia.

Su curiosidad no era algo que pudiera simplemente sofocarse.

Y así—

'...Tendré que encontrar una manera de acercarme a él.'

Mientras Celaime reflexionaba sobre cómo cerrar la brecha, se le ocurrió una idea.

"¡Ah, Peña!"



Al recordar a su discípulo, Celaime comprendió de repente por qué la arrogante Penia estaba tan enamorada del marqués Palatio.

No tardó mucho en idear un plan:

'En lugar de seguir siendo extraños, ¿no sería más fácil acercarse a él si fuera el marido de mi discípulo?'

No estaba claro si estaba dando prioridad a su discípulo o a su propia curiosidad insaciable.

Pero una cosa era segura:

'Me aseguraré de que esto funcione.'

Lleno de determinación, Celaime miró a Alon con una intensidad que casi podría describirse como ardiente.

"...¿Por qué me siento incómodo?"

Al ver que la expresión de Celaime se transformaba en algo extrañamente determinado —su risa ahora rayaba en lo inquietante—, Alon no pudo deshacerse de la sensación de aprensión.

Algo extraño se estaba gestando y Alon podía sentirlo.